

EL TIO DE AMERICA

Cuando la Tala abrió la puerta de la calle para que me fuese a la escuela, casi topé con dos señores que venían hacia casa. Uno era bajo y regordete, sin corbata y con boína muy ancha; el otro era alto, elegante, con botitos blancos, un kodak colgado del hombro y una gorra de visera, blanca. Creí que serían viajantes de los que venían a vender a papá pasas de Málaga y no pensé más... Y por la acera que daba el sol me fui a la escuela, que era la del Pósito.

Tenía yo entonces unos zapatos de esos que son de dos colores: negros por lo más abajo y grises de ante por donde los cordones; y como hacía mucho sol y yo llevaba los zapatos muy lustrados—porque Tala los limpiaba así de bien—iba por el camino fijándome como brillaban, sin acordarme para nada de los viajantes. Y al entrar en la escuela, que era baja y húmeda y siempre olía a orines, me dió lástima dejar el sol en la otra acera y el bonito juego de mirarme los zapatos brillantes.

Y como siempre pasaba por las mañanas, al entrar en la escuela el maestro estaba poniendo una cuenta de dividir en la pizarra, y yo, sin fijarme si el divisor era de tres o cuatro cifras, miraba con tristeza por la ventana el soletón que daba en la acera de enfrente... Y entonces sí me acordé de la gorra de visera, blanca, que llevaba el señor viajante alto.

En un rincón de la clase estaba enrollada la bandera nacional, con mucho polvo encima, y en un cuadro con el cristal roto se veían pintadas las cabezas de las razas humanas, que son cuatro: blanca o rostros-pálidos, roja o indios, negra o africanos y amarilla o chinos. Y cuando con mucha pereza comenzaba a copiar con tinta violeta la cuenta de dividir, que era de las penosas de cuatro cifras, ví que entraba la Tala en la escuela. Por el pasillo que dejaban los pupitres venía un poco azorada, mirando muy fijamente al maestro que, empinado en la tarima, la esperaba muy serio, escudriñándola por cima de los lentes.

Habló la Tala con el maestro, y éste, con cara de pocos amigos, dijo que me marchase con la chica, que me llamaba papá. Y es que el maestro se enfadaba cuando salíamos alguno de la escuela tan temprano, porque a él le daba también envidia el sol de la calle, y el de la glorieta, y el de la plaza. Recogí los libros muy contento, haciendo guiños a los que se quedaban, y en cuanto estuvimos en la calle le pregunté a Tala por qué cosa me sacaba de la escuela. Y dijo que porque había venido un tío mío de América (raza roja o indios), que era el viajante de la gorra blanca y el kodak colgado del hombro. Y me dijo, además, que el otro viajante de la boína era también tío mío, pero no de América, sino de un pueblo que se llama Las Labores, y que era hermano del de América. Como yo no sabía nada de estos tíos, Tala me dijo que no eran carnales, sino de los que son primos de mamá. Y aquéllo de que mamá tuviese un primo en América a mí me pareció muy bien.